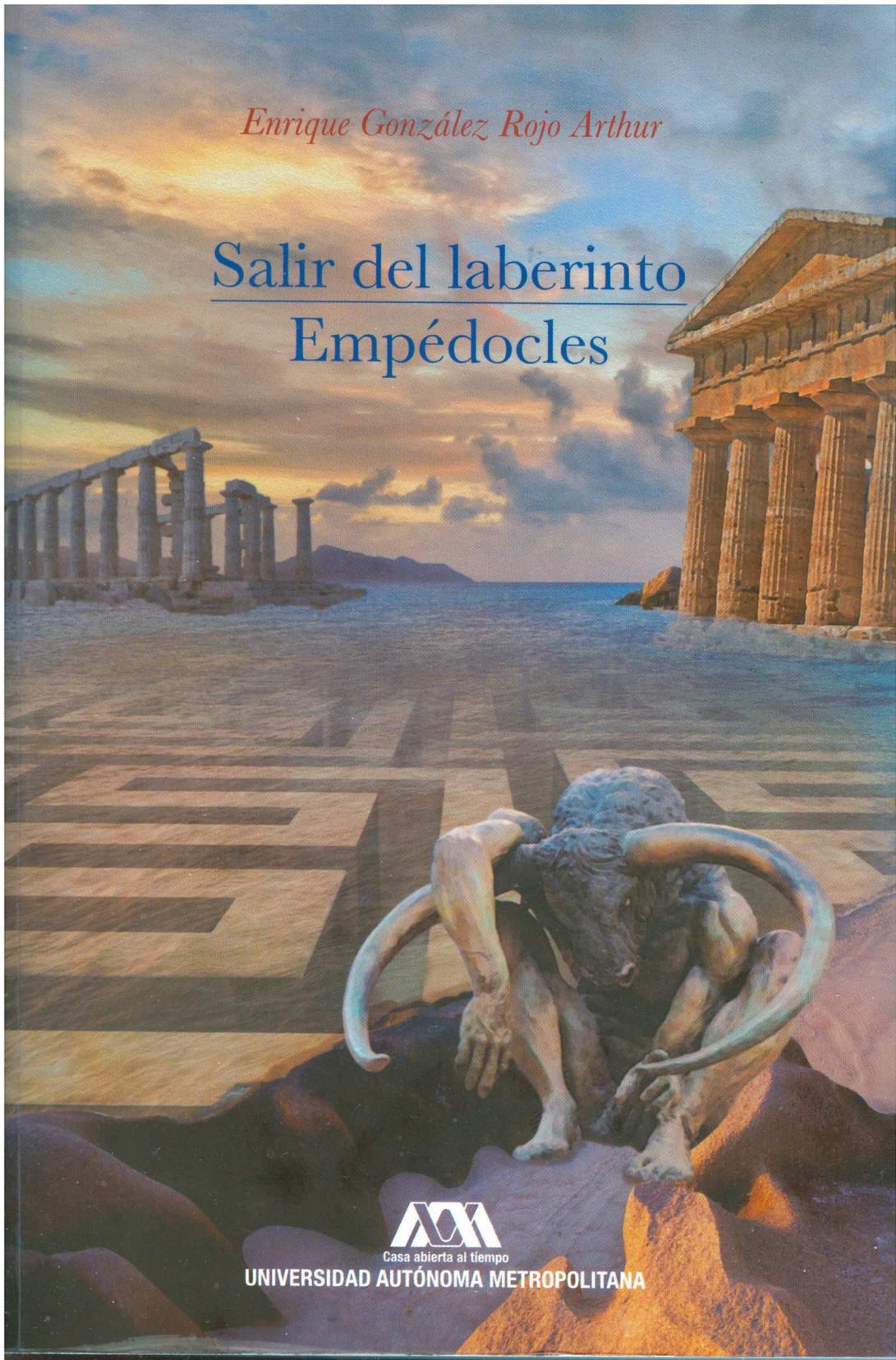


*Enrique González Rojo Arthur*

Salir del laberinto  
Empédocles



Diseño de Portada y formación: Guadalupe Urbina Martínez

# **SALIR DEL LABERINTO**

**Enrique GonzálezRojo Arthur**

**2011**

## ENTRADA

### I Máquina del tiempo

Por herencia familiar  
no sólo soy, bordón en  
    mano, un peregrino  
que vislumbra a media frente  
el periplo de sus futuros pasos,  
que carga a sus espaldas  
los caminos soñados y atrayentes  
de su afán de aventura  
y que escucha siempre el canto  
    de las sirenas del polvo,  
sino que vivo, en mi instinto  
    de orientación  
-con su cuadriga de puntos  
    cardinales-una pequeña brújula,  
la perspicaz consejera de mis  
    zapatos, envidiada  
por el mismo deambular del  
viento. También soy un viandante  
que luce a medio cráneo un tragaluz  
    para espiar las estrellas,

y que escarba y escarba  
litorales completos del universo mundo  
al encuentro  
de recónditas galaxias de  
gusanos. Soy un viandante que tiene  
su morral repleto de manojos  
de preguntas.  
Un hombre común dedicado  
a buscar en sus escondrijos  
las respuestas.

Soy además una criatura  
protegida  
por el ángel custodio de su báculo  
que nunca, casi nunca, se extravía,  
y un poeta que,  
para bien o para mal,  
no puede dejar de estar  
aleteando -dándole limpieza a su aura,  
se diría-  
sus alas invisibles.

Una vez  
me subí a la máquina del tiempo de mi musa,  
prendí los motores de mi deseo de viajar,  
me despedí con un beso en la  
frente de mi vida cotidiana,  
me até el cinturón de seguridad,

**puse la reversa en mi reloj,  
aguanté la respiración por siglos,  
me preparé a irritar los ojos con  
miradas inéditas  
y fui a dar en un cierto momento  
del pasado.**

**No fue en aquella parte de la historia  
cuando un homínido desnudo  
(con manchones de pretérito  
tan sólo en las axilas  
y en el vientre)  
buscaba las letras en el  
agua, las flores o los juncos  
para hacer las palabras  
con que formar su lengua,  
o se hallaba a una herramienta de trabajo  
de diferenciarse  
de los demás antropoides  
a un suspiro de ya no ser  
sólo un trozo de carne.**

**Ni fue en aquella otra  
cuando las espadas gruñían desde sus fundas,  
los gritos chocaron con las  
paredes,  
la guillotina, sudorosa, trabajó como  
nunca, las pasiones, desenfundadas,**

**tasajearon el espacio,  
y los hombres y mujeres,  
por sus ideales pastoreados,  
se arrebataban la palabra  
para arengar,  
ante un *quorum* de sangre,  
del futuro.**

**No.**

**Fui a dar a la vieja y dorada  
civilización minoica, hacia 1,800 años antes de  
nuestra era,  
donde la historia y la leyenda se  
confunden como lo hacen,  
al amanecer,  
la brisa y el perfume  
del naranjo.**

**Sí, cuando Minos II  
se sentía dueño y señor de la tierra,  
del mar  
y de algunas toneladas  
del cielo.**

**Su patrimonio incluía  
no sólo a Creta  
que diríase un majestuoso bajel inmovilizado  
por su infinidad de anclas sumergidas  
en el fondo del mar**

**o quizás encallado  
en el exacto tramo de la historia  
que el tiempo le reservaba,  
sino además de varias millas del mar circundante  
sumadas a sus posesiones  
furtivamente,  
a espaldas de los ojos  
de la deidad del mar.  
Neptuno, a todo,  
no decía esta voz, este  
tridente, este tsunami es mío,  
porque el hado caprichoso  
le había introducido**

**en el cráneo,  
cabe las inquietudes cotidianas,  
una preocupación  
indomable.**

**Tal ocurrió  
desde que, aficionado al catalejo,  
puso el ojo en un bien propiedad  
del monarca de Creta**

**y desde entonces  
sentía revolcarse por las noches  
en su  
lecho el perverso triángulo  
de él, la envidia y  
el insomnio.**

## II. Neptuno

Nunca pensé que Neptuno o Poseidón  
tuviera pasiones mezquinas.

Nunca imaginé  
que los ganchos del perchero que se  
hallaba en el recibidor de su palacio,  
le sirvieran  
para colgar su tristeza por el bien  
ajeno, su deseo de venganza,  
su mala leche,  
la sexualidad que lo traía  
más aterido de tacto que de frío  
entre las once treinta de la noche  
y el *sí* de su nereida.

Cómo iba a pensarlo si se trataba  
nada menos que de un dios.  
De un dios, desde luego, con *d* minúscula  
con *d* sólo de demiurgo  
o de dudoso dejo  
de divinidad.

Y los dioses, lo sé de buena fuente,  
juegan a los naipes con la perfección  
y aunque siempre, siempre  
son vencidos,  
les cabe la gloria de tutearse

**con el infinito.**

**Mas los dioses y diosas  
comparten con los humanos  
algunas pequeñeces,  
deseos inconfesables  
que se muerden la lengua  
y hacen buches de saliva,  
defectos sólo cantados  
en sordina,  
pasiones incontroladas  
temerosas de la rienda  
a la que ven  
como una horca,  
y se asocian con el caos  
en contra de la suprema  
armonía de la naturaleza,  
aunque tienen buen cuidado  
de que no se les vaya a  
confundir con los especímenes  
que forman parte  
de la especie  
-la nuestra-  
que halla acomodo  
en el mugroso intersticio maloliente  
que se ubica  
entre los ángeles  
y los animales.**

**Todo lo anterior –y más  
que me lo guardo por la cortesía innata  
con que me confeccionaron mis  
padres-viene a cuento, a poema  
o a novela,  
porque,  
y aquí levanto la voz y empiezo la historia...**

## **MINOS Y PASIFAE**

**Minos, rey de Creta, contrajo nupcias  
con una hija del sol y de la ninfa Crete:  
su nombre –que, como un perro fiel,  
la acompañó toda su vida- era  
el de Pasifae.**

**Ella, la reina,  
el perfume del palacio,  
a pesar de todas las turbulencias  
de su vida  
-un currículo de desenfreno militante-  
vivía a un par de cuadras  
de la felicidad.**

**Siempre se sintió una mujer  
consentida un tanto por su madre,  
que la tenía feliz  
con arrumacos de miel de abeja,  
aunque a veces le producían  
la picadura del empalago,  
y un mucho por su  
padre, quien, tras de fraguar  
el diluvio de ojos de cada mañana,  
deslizábale,  
en todo  
amanecer, la caricia tibia,**

**venida del horizonte,  
de los buenos días.**

**Minos la escogió  
para integrar su jardín de flores  
exóticas, que se dirían delirantes,  
esplendentes discretos fuegos de artificio  
que germinan  
de semillas fantasiosas,  
para tener besos acorralados  
y hormonas femeninas  
en su invernadero,  
para ejercer el derecho de  
pernada con la hija del Astro Rey,  
y tener,  
noche y día,  
sus urgencias sosegadas.**

**Pasifae veía con malos ojos el caos.  
Éste era, a su parecer, “el Señor de lo monstruoso”  
, el que había creado  
la ceguera, la manquedad, el enanismo, la  
mudez, la sordera  
y la virginidad.  
Por eso llegó al matrimonio  
feliz con el deseo en ristre  
y sabiendo que la noche nupcial era para  
ella una liberación:**

**un arrancar el desorden  
de su cuerpo.**

**Hay el rumor,**

**y no tengo por qué ocultarlo,  
de que en esencia, en realidad de verdad,  
en “asi son las cosas y ni Dios Padre las  
tuerce”, Pasifae no era en sentido estricto una  
mujer, la normal compañera  
del que empuña su pene**

**y se atusa los  
ímpetus, sino que -modulando hacia otra  
tonalidad-era una mujer en cuyo cuerpo,  
voluptuoso por donde se le mirase,  
llevaba la vestidura de lujo  
de una  
bestia. Hay el rumor.**

## MINOS Y EL TORO BLANCO

**Minos coleccionaba toros:  
grandes, medianos y los que  
pasan inadvertidos.**

**Los toros eran para él  
lo que las sandías o los espejismos  
para los muertos de sed  
que se encuentran en medio del desierto  
rodeados de camellos moribundos.**

**Atesoraba toros y novillos. Los  
mantenía en sus potreros como  
si enjaulara tempestades  
o violentísimas crisis de conciencia.**

**Uno de ellos lo hacía  
feliz. Era un toro blanco  
-a quien Minos llamaba “mi razón de  
vivir”-que, para hablar de su existencia,  
de su bufar en clave de deseo,  
de su ir y venir por los peñascos  
de su arbitrio, un día, extraviándose,  
penetró abruptamente en el Olimpo,  
en el vergel de flores y de frutos  
que regaba, con sus propias manos, la perfección  
y que, expulsado por los dioses iracundos, había  
salido cargando en su estructura**

**brochazos de belleza inmarcesible.**

**Era un toro que dormitaba de día  
-arrullado por la canción de cuna  
de su propia respiración-  
y de noche, encumbrándose en el éxtasis,  
creía vislumbrarse en el perfil  
de la constelación de Tauro.**

**Cuando llegaba la noche,  
el toro se sorprendía, de pronto, acompañado:  
a escondidas casi,  
tan desnudo como la espada sedienta de  
sangre, Minos salía  
a tomar baños de luna y de concupiscencia. Y  
si el cielo se hallaba tachonado de estrellas  
-dejándole a la noche sólo un pobre puñado  
de oscuros intersticios-  
podríamos imaginarnos que su  
porte se encendía, vibraba  
(con un traje de luces caído desde lo alto)  
y que él, frente a su toro, era el torero  
que, sacando a la belleza de sus  
escondrijos, daba cuerpo a la elegancia,  
con el suave movimiento  
de su capa de ademanes;  
pero no, nuestra imaginación -  
que traemos del añejo pasado**

**de un lejano futuro-  
no puede enmendarle la plana a la  
prehistoria. Minos, con la más roja de sus  
provocaciones, azuzaba al cornúpeta.  
le daba a entender que sus cuernos  
serían bienvenidos por su piel de taurófilo.  
El toro, azuzado, se dejaba venir  
como una enfermedad terminal.**

**Pero el rey, en un funambulismo  
indescriptible -como lo hacían en Cnosos  
los acróbatas más diestros de la historia-  
se tomaba de uno de los cuernos.  
daba una voltereta por el aire,  
caía sobre el lomo de la bestia,  
e, impulsado de nuevo con los pies,  
daba un salto mortal que lo ponía  
a la cola del toro  
que, perplejo,  
frenando sus pezuñas, se quedaba  
rumiando una pregunta sin respuesta.**

## EN CAMPOS DE ZAFIRO

**Cuéntase que un día Helio iba caminando  
por la vía láctea,  
y de pronto, cuando dejó resbalar de su  
cabeza la última musaraña en que pensaba,  
se encontró**

**con la ninfa  
Crete -oriunda de la famosa isla  
del mar Egeo-  
la cual, fungiendo como  
vaquera, se hallaba ordeñando  
desnuda**

**-con un pudor raído y deshilachado-  
una de las miles y miles de vacas que abastecen  
la vía láctea.**

**En el abrir y cerrar de ojos  
del amor a primera vista  
se quedó prendado de  
ella y quiso hacer con Crete  
por lo menos  
lo que ella hacía  
con su vaca.**

**Así como la laguna  
que vive junto al mar,  
termina por tener agua salada**

**e ir y venir por sí misma  
con verdaderos oleajes,  
Crete acabó por ser presa del mimetismo:  
ya no pensaba, sentía y quería  
a la manera humana.  
Le crecieron los senos,  
se le redondearon las caderas  
y aunque carecía de cola  
cultivaba un gracioso y  
picaresco movimiento de nalga  
para espantarse las moscas.**

**A Crete las pretensiones de Helio  
la dejaban fría, con un pequeño témpano  
de indiferencia entre las piernas,  
la dejaban fría y hasta le congelaban la excitación  
salpicándole de escarcha el vello púbico.  
El sol, ni tardo ni perezoso,  
forzó la imaginación y buscó la  
manera de corresponder  
a los deseos misteriosos y  
sofisticados de su amada.  
Y le vino a la mente las andanzas de Júpiter,  
“el mentido robador de Europa”,  
que, como se sabe, asumió la forma de toro -  
hoy convertido en ese “luciente honor del cielo”  
que es la constelación de Tauro-  
y pudo conquistar a la ninfa Europa**

**y llevársela en su lomo  
por el mar  
hasta el continente que tomó su nombre.**

**A imitación de Júpiter y sus geniales artimañas  
para embaucar vaginas y desflorar ingenuidades,  
Helio tomó también la forma de toro,  
una estructura  
en que las firmes patas y los duros  
cuernos formaban las fronteras  
de una masculinidad impresionante.  
Se acercó a Crete, con el trote  
principesco de la buena noticia.  
Ella quedó admirada de un animal tan  
fuerte, urgido y bien dotado  
y consintió que el disfrazado sol, transformado  
en nervioso monumento a la libido,  
iluminara hasta los últimos rincones  
de su cuerpo.**

**Al no tener empacho  
en levantar la sábana acogedoramente  
para que la lujuria entrase con ellos a la  
cama, el toro-sol (en la eyaculación más  
turbulenta de la que se tenga memoria)  
implantó en Crete,  
en su matriz,  
su sangre,**

**sus huesos  
y su glándula pineal,  
la enigmática naturaleza  
de la hembra del toro,  
y la dejó preñada de su hija**

**Pasifae,  
que heredó de tan singular  
pareja el cuerpo de mujer,  
sus redondeces de ninfa o hamadriade,  
la expansión de sus pechos  
-con un botón de leche a flor de  
labio-y la secreta esencia  
recóndita, oscura, con ubres fantasmales,  
que sólo podía salir a la intemperie  
de la curiosidad,  
con la venia del destino  
o de la indiscreta pluma  
que se halla entre mis dedos.**

## DEMANDA DE NEPTUNO

Poseidón le pidió al tirano de Creta,  
encarecidamente  
-subiéndole el volumen a su ruego  
de su voz arrodillada-  
por favor, por  
favor, excelso  
Minos,  
regálame tu “razón de vivir”.

Yo, el cronista que da cuenta y razón  
de lo acaecido en la isla de Creta,  
e invita a todos a escanciar  
un pretérito añejo,  
remotísimo,  
pero proveniente  
de una de las más ricas cosechas  
de la memoria,

Yo, que recorría la playa,  
buscando conchas, caracolas y sonidos,  
y subía el volumen de mi atención  
para escuchar, con la antena del oído,  
el rumor de Neptuno entre el oleaje,  
oí la voz lacrimógena  
de su súplica.

Quiero –espetó- que lo traigas

a mi lado. Que le pongas  
los collares de tu buena  
voluntad al cuello,  
y lo traigas a mi lado.  
Quiero que los míos lo sacrifiquen  
-tú no podrías hacerlo-,  
me lo inmolen  
y que su sangre  
-aquella que, furiosa, parta  
plaza saliendo por la herida-  
sea de la cuantía y el color  
de mi apetito.

Tal dijo. Pero no.  
No se trataba de  
eso. Su vida carecía de sentido  
si el toro blanco  
no se hallaba en las saladas  
galerías de su patrimonio.  
Lo que pasaba es que Neptuno no tenía  
en sus corrales de  
agua nada semejante a este animal  
acariciado por la mano reticente  
de la posteridad.

Allí había delfines jugando a  
ser la curvatura de las aguas,  
peces voladores

**a un trino solamente  
de construir su nido en una nube,  
vegetación submarina  
cosquilleando los pies de las olas,  
hipocampos jineteados por la  
espuma de un bajel a la deriva,  
medusas de siete velos,  
sirenas que traen bajo el brazo  
las más enigmáticas y amenazantes partituras.**

**Pero nada, ay, como ese toro.**

## MINOS Y LO IRRENUNCIABLE

**Minos**

**alucinaba a su toro**

**blanco como parte de sí:**

**como un órgano interno  
separado artificialmente  
de su anatomía.**

**Eso me consta**

**porque lo vi pasando la mano por la testuz y  
el cerviguillo**

**de su  
tesoro, como el avaro que,  
al acariciar y acariciar sus monedas  
con frotamientos de pasión sin  
freno, va limando sus huellas digitales  
y su misma identidad.**

**En ocasiones lo oí:**

**¡qué cóleras, qué alegrías, qué deseos  
siento en mi corazón,**

**mis pulmones,  
y mi toro!**

**Las iracundias del toro eran sus iracundias  
y hasta los ardores de “mi razón de vivir”  
(que tenía desamarrada la lujuria)**

**eran sus ardores.**

**No podía regalarlo. Nadie  
regala su razón de vivir,  
el manantial de sueños de su yo,  
el columpio en que se mece  
la felicidad infantil. Nunca podría,  
aunque de dientes  
afuera lo prometiese  
soltando, desde el blanco  
marfil de la palabra,  
el aletear de la mendaz promesa  
o musitando *sí, sí lo prometo*,  
desde los labios acartonados  
de su máscara.**

**En sus entresijos,  
en las raíces de su fuero  
interno, “mi razón de vivir”  
asumía la forma  
de una debilidad,  
una pasión,  
un capricho  
irrenunciable.**

**Minos, receloso y cabizbajo,  
convirtiendo su lengua  
en mordaza  
insobornable, se resistía,**

**sí se resistía,  
como gato que rasguña al cielo,  
al deletrear  
la palabra suicidio.**

## HIJA DEL SOL

No pocas veces Pasifae,  
hija de quien era,  
se desabotonaba los pudores  
ingenuos, la pequeña lujuria  
que juega solitarios en la noche  
y se llevaba al lecho  
la alta temperatura  
que por herencia  
le pertenecía.

Ponía sus escrúpulos debajo de la cama,  
convertía los principios de la moral ambiente  
en cenizas  
terminales,  
incineraba sus velos  
prejuiciosos y se tendía en el tálamo,  
desnuda en su aquiescencia,  
a lo largo y a lo ancho de su ansiedad,  
a la búsqueda  
-con la zozobra carrereando al tiempo-,  
del intercambio  
con su esposo,  
no de cortos circuitos  
o chorros de luciérnagas fundidas,  
sino del último invento,

**el último,  
de Afrodita:  
orgasmos de nunca acabar.**

**Las instrucciones para acceder  
a estos cúlmenes reservados  
a las divinidades,  
fueron  
dejadas caer descuidadamente,  
desde distintos puntos del cielo,  
por dioses de buena voluntad,  
feligreses de Prometeo  
(no corrompidos por su omnipotencia)  
para que los humanos  
encontraran  
los pasadizos secretos  
que van del deliro de grandeza  
a la grandeza  
del delirio.**



**en alta noche:  
deseaban mezclar sus sangres, sus humores,  
sus proyectos;  
tener descendencia, retoños  
que fueran espejos veraces,  
sin lenguas viperinas,  
a los que se asomaran,  
como todo progenitor,  
preguntando  
si algo de ellos renace  
en algún ademán,  
gesto, facción, maní  
a de su vástago .**

**La herencia,  
la supervivencia del nombre  
y la reencarnación de la  
sangre, fueron aseguradas  
con los poderosos abrazos de  
Minos, el manantial desbordado  
de sus besos,  
las posiciones eróticas fuera de serie,  
funambulescas,  
las caricias de alta tensión  
que buscaban en el cuerpo  
femenino  
los escondrijos de la lujuria,**

**junto con la excitación de Pasifae  
y el hacerse en su entrepierna agua la boca  
lubricando los labios para  
ser obsequiosos anfitriones  
que se abren tiernamente  
sin escrúpulos de candado.**

**La entrega sin remilgos de Pasifae  
hicieron que el rey de Creta  
celebrase el momento  
derramando,  
en la dulce vivienda que lo acoge,  
un reguero de perlas fecundantes  
bienvenidas al estar acrisoladas  
en el fuego amigable de lo tibio:  
y, con un dúo de vocales en un clímax sin  
fronteras, aullando como lobos  
a la luna,  
concibieron a Fedra,  
Ariadna,  
Androgeo.**

## NINFOMANÍA

Pasifae ya no se encontraba  
satisfecha:  
la lujuria de su cónyuge  
le parecía un juego  
desabrido de niños  
y lo peor, de niños  
castos que venían de enterrar,  
olvidadizos,  
al perverso polimorfo  
que, desde muy pequeños, encarnaban.

Pasifae, rodeada de ninfas,  
e hija de una,  
había contraído el virus de la ninfomanía,  
la sed insaciable  
por un intruso y otro y otro  
que, rompiendo toda regla,  
alivia la pasión  
incontrolada,  
con una buena dotación  
de centímetros.

Narraré, no sin ciertos escrúpulos,  
los antecedentes o preámbulos,

**escritos**  
**con su puño y letra, por la historia y la leyenda,**  
**del episodio central**  
**de esta crónica que vuela por los cielos seculares**  
**como inmortal cometa llevada de mis manos.**

## VENGANZA DE NEPTUNO

No tuvieron que caer,  
   copos de tiempo,  
 muchos granos de arena  
                   -rompiendo la continuidad de su  
 fluir al encallar en el presente-  
                   para que Neptuno  
                   se hallara enfurecido  
 -con el hígado en la garganta-lanzando  
 espumarajos de maldiciones por los  
 labios entreabiertos  
   como rendija del orco.  
 Y con su tridente  
   trazando masacres en el aire.

La palabra de Minos  
   envuelta en el papel celofán  
   de la promesa,  
 fue por él mismo traicionada.  
 La había solapado -como el gato que  
 hace carantoñas de liebre-  
 con la deslumbrante túnica  
   de la mentira,  
 con el hilillo de opio que Minos insuflara

en la divina oreja.

Al no obsequiarle,

en el tiempo convenido,  
“mi razón de vivir”,

Poseidón vivía, en su desazón,

dando tumbos  
apoyando en las noches la cabeza,  
no en la mullida  
almohada,  
sino en la inhóspita roca  
del sinsentido.

El dios se dijo: me vengaré,

me lo juro a mí mismo: mi  
lengua será testigo de la palabra.

Llevaré la infelicidad

a los hijos del mendaz y

tramposo, del que dice una cosa  
y deja que sus manos, desbocadas,

se encuentren pastoreando otros  
afanes. Haré también que Pasifae  
arranque de su vientre y se ponga a amamantar  
la más espantosa de las sorpresas.

Sé que nosotros, los dioses,

tenemos que doblegarnos ante el  
destino, que sólo sabe hablar

con últimas palabras.

**Tenemos que hacerlo con la  
resignación con que el efecto cumple  
las voces imperiosas de su causa.**

**Pero mi voz de Señor de los mares.  
Pero el tronar de mis dedos**

**con que ordeno  
el movimiento de las**

**mareas. Pero mis ademanes  
de Vigía de Tránsito Divino**

**o mi altivez de semáfor  
imperturbable**

**en alta mar -**

**que dan sentido  
a los enigmáticos**

**vaivenes de las**

**olas-logran a veces cambiar el cauce**

**de rígidos,**

**pétreos,**

**inexorables**

**calendarios que se desviven por encadenar**

**el ave de rapiña de una fecha**

**y el suceso fortuito**

**en que acaece.**

...

**La historia completa de esta venganza**

**-donde un dios iracundo  
estrangula a dos manos  
un último suspiro-**

**no es, sin embargo,  
esta historia.**

**Este cronista no va a referir  
todo lo que el juglar dicharachero de su  
pluma querría dar al viento.**

**No nos va a relatar, menciono un caso,  
qué le sucedió a Fedra con Hipólito,  
y cómo el amor no correspondido  
-el dúo que entonan**

**la efusión y el silencio-  
le entregó el micrófono al  
caos y desordenó de golpe  
el mundo entero.**

## NUEVAS ACCIONES DE POSEIDÓN

**“Mi razón de vivir” no sabía nada  
de mujeres  
y del desorden hormonal  
que en veces las empuja  
a dejar las reticencias,  
su relicario de prejuicios,  
en el cajón del fondo  
del ropero.**

**¿Cómo lo iba a  
saber si las flores  
eran vistas por el toro  
con el criterio del gusto y el  
olfato, y sus ojos eran incapaces  
de deletrear, al contemplarlas,  
el menor sentimiento?**

**¿Cómo lo iba a saber  
si su mundo  
estaba formado  
por el  
corral, por los cuernos de su testa,  
por el enloquecedor perfume de una vaca**

que mugía, noche a noche,  
en la pradera  
de sus inquietudes?

Pero Dédalo –el arquitecto ateniense que  
vivía con su hijo Ícaro  
en la isla de  
Creta-hízose cómplice de Pasifae,  
arete eterno de su oreja,  
confesonario itinerante,  
pañó de lágrimas  
sollozos  
y suspiros.

Fue el único lector del diario íntimo  
que Pasifae escribía  
sobre su propio  
vientre. Supo de sus deseos inconfesables,  
de su afán de aventura,  
de la fabulación de su  
entrepierna, de todos sus secretos  
guardados a doble llave  
en sus entrañas;  
sin excluir los gemidos,  
entrecortados,  
oscuros y en sordina,  
de su clítoris.

Supo de todo: fue su confidente custodio.

**Su dulce compañía en las noches huracanadas con  
nubarrones preñados de peligros  
y relámpagos de deseo.**

**Y la llevó del brazo,  
prestándole su ayuda al caminar,  
a dar su mal paso.**

## EL ENGENDRO

La peor venganza del dios de los  
mares, los moluscos, las sirenas  
y las despedidas,  
fue hacer que Pasifae,  
una noche en la árida lujuria,  
*cubierta* por “mi razón de  
vivir”, diera un paso en falso,  
perdiera el ritmo  
y fuese de nuevo embarazada.

El producto fue un engendro:  
el Minotauro,  
también llamado Asterio, Asterión,  
Hombre blanco.

Criatura hecha  
por un desorden fantasioso  
de las leyes naturales  
(como la Esfinge, el Grifo,  
el Pegaso, el Unicornio  
y todas las visiones  
que nacen entre los 39 y los 40 grados  
de temperatura),

**cuando, con su complejo de  
omnipotencia, el mundo natural  
le da una transfusión de des varios  
a la mitología  
(dando pie a la apoteosis  
de la locura)  
y la mitología  
le transmite los  
suyos a la literatura universal  
hasta que, en la conjura de las excepciones  
contra el conservadurismo de la regla,  
la mente enrevesada del artista,  
la imaginación asesorada por el  
caos, hallan en el absurdo  
su mejor partitura.**

## AMENAZAS Y LABERINTO

**En ocasiones, Minos,  
con el alma  
a la deriva  
en alto insomnio,  
escuchaba sobre su lecho  
un rumor amenazante  
de palabras-zancudos  
que, vampiros en miniatura,  
se venían a pique hacia su  
rostro buscando la encarnada  
satisfacción de su apetito  
y robándole la paz.**

**Durante su caída,  
Minos lograba discernir  
en el zumbido en que viajaban,  
el clamor penetrante y estridente  
de palabras como:**

**descontento  
popular, furia,  
sublevación,**

**magnicidio.**  
**Y él era previsor.**

**Apenas había conquistado el  
trono, y ceñido en las sienes  
una corona**

**que de lejos  
parecía de oro  
y que de cerca**

**era de  
espinas, Minos encargó a Dédalo  
la manufactura, ladrillo por  
ladrillo, de la nueva idea.**

## **LA CONSTRUCCIÓN DEL LABERINTO**

**El laberinto se hallaba a medio  
construir y la obra negra  
-negra como el libre arbitrio  
en que se esconde la materia gris  
para hacer sus fechorías-  
estaba a punto de ser terminada,  
cuando nació el Minotauro  
en quien su madre  
-con las piernas abiertas  
al tamaño de la libertad-  
descubrió, enternecida,  
el más lindo esperpento  
contemplado por humanos.**

**Minos,  
furioso,  
fuera de sí,  
decidió en su fuero interno  
-como lo hace el destino,  
cuando tiene amoríos con lo  
funesto-que el bebé recién nacido  
-al emprender el salto,**

**dentro de sí,  
de la niñez a la adolescencia-  
sería recluido en la limpia,  
espaciosa,  
única y sorprendente  
nueva cárcel.**

**Poco después, al darse cuenta  
de la complicidad de Dédalo y Pasifae  
ocurrida en múltiples ocasiones  
a sus espaldas  
-ahí donde los ojos capitulan-  
tomó también la decisión  
de encerrar a Dédalo y a su hijo  
en la obra infernal producida,  
con la amalgama de adobes y de  
ideas, por el cerebro en llamas  
del ateniense.**

**La prisión, ya terminada,  
recibiendo los últimos retoques  
de la mano  
maestra, dejando tras de sí  
la concepción mental generadora  
sufriendo aún las últimas convulsiones  
del parto,  
se hallaba a la espera, muerta de  
hambre, de su primer alimento;**

**imposible ocultarlo:  
el laberinto era  
una bestia más que no podía vivir  
sin un trozo de carne recorriendo  
la tortuosa red de sus intestinos  
gruesos y delgados.**

**La cárcel sólo aguardaba  
a que la voluntad de Minos enfilase por  
el huracanado mar de sus neuronas  
hacia la indiscutible decisión  
de su ordenanza,  
y a que su dedo índice,  
conjugado siempre en imperativo,  
diera la hora.**

## **EL EMBARAZO**

**Dédalo –viandante y constructor-  
llevaba siempre en un fardo,  
junto al compás y la regla,  
mechones de neuronas enmarañadas  
con sus más preciados sueños,  
para trabajar  
al final de cada viaje,  
como el árbol que deambula  
cargando a sus espaldas un nido  
con retoños de pájaro y jirones de nubes  
para sus momentos de fatiga.**

**Dédalo era más que nada  
un inventor.  
Gozaba del privilegio  
de tener telepatía con los milagros  
que residen a la vuelta de un empeño.  
Sabía poner la primera piedra  
para ir de lo imposible a lo posible.  
Cuando actuaba, los demiurgos,  
avergonzados,  
tenían que poner sus ocurrencias  
en el patio trasero.**

**Era un hombre dedicado a enmendarle la plana  
al “nada hay nuevo bajo el sol”  
que dice el conformismo.**

**Cuando sacudía la cabeza con fruición,  
como un árbol movido a dos manos por el viento,  
se le caían puñados de designios  
con un olor de frutas mañaneras.**

**Era muy apreciado por Minos porque lo surtía  
de juguetes inverosímiles.**

**Le confeccionó unicornios de cuerda,  
cuentos de nunca acabar,  
hormigas para los pies  
cansados, cajitas de música  
con una insuperable interpretación  
de la música de las esferas  
o el trozo de metal animado  
que, dirigido a control remoto  
desde la imaginación,  
iba y venía por la casa  
haciendo una madeja de  
trayectos y diciéndose  
añejo antecedente del robot y su forma artificial  
de fingir que no lo es.**

**Pero su más impresionante invención  
-haciendo a un lado el laberinto,  
las velas de los barcos  
y algunos juegos de mesa, de manos y de alcoba-**

**fue crear el esqueleto de madera de una  
vaca, al que rodeó de la piel  
de una vaquilla de verdad  
y que situó a un olfato de distancia  
del corral del “toro blanco”  
y al interior del cual  
se introdujo, desnuda,  
en plena  
alucinación, Pasifae  
la reina,  
y lo hizo de tal modo  
que quedó a disposición,  
a tiro,  
a venga lo que viniera,  
del macho  
y su herramienta de  
labor procreativa.**

**“Mi razón de vivir” miró receloso  
el extraño aparato  
de Dédalo:  
la andadera artificial  
de Pasifae  
que era a todas  
luces una vaca disfrazada de mujer.  
Pero sus apremios  
estrangularon a sus escrúpulos  
y dio con la pequeña grieta**

**lubricada por la bienvenida.**

**La venganza de Poseidón**

**fue extremosa:**

**despertó en Pasifae**

**la matriz de una vaca**

**moldeada a perfección para acoger  
el erótico impulso,**

**acuciante,**

**insoslayable,**

**de “mi razón de vivir”.**

**La devolvió por un momento a su**

**esencia, a su verdadero ser,**

**a su mundo primigenio,**

**a la vía láctea que es el cielo de su origen,**

**y a sentir escalofríos en el**

**sexo cuando la perversión,**

**sorpresiva y demandante,**

**orientaba la boca de su sed**

**hacia sus ubres.**

**Pasifae salió de la experiencia**

**sucia, despeinada,**

**los huesos fuera de lugar**

**y encinta, como después lo supo.**

**Pero con un gesto de satisfacción**

**que fue la envidia**

**por meses  
y más meses  
de toda mujer matrimoniada  
en la isla de Creta.**

## LA VORACIDAD DE ASTERIÓN

Con el molde  
de las circunvoluciones  
de su propia corteza  
cerebral,  
Dédalo había construido  
-por órdenes del rey-el  
laberinto,  
la cárcel más ingeniosa que registra la historia,  
rompecabezas de calabozos,  
inmóvil culebreo de caminos  
mordiéndose la cola,  
recinto tortuoso  
y escalofriante  
porque en él merodeaban  
dos fieras:  
el Minotauro y la Desorientación.

Todo aquel que era arrojado a la  
prisión -como el propio Minotauro,  
Dédalo, Ícaro,  
la cuota de mancebos y doncellas atenienses  
que servían mes con mes  
de alimento

al “toro  
blanco”,  
para no hablar de los rebeldes de  
siempre, los militantes de la esperanza  
y apologistas del reguero de ruinas  
que prometen cambiar de signo y convertirse  
en las primeras piedras del futuro.

Todo aquel que era arrojado al  
laberinto ya no podía dar con la salida,  
con el “ábrete sésamo” a la intemperie  
donde los pies no sufren más prisiones  
que las de sus sandalias.

**Ninguno**

-lo que se dice ninguno-  
de los bloques que, amalgamados,  
formaban los muros  
del laberinto,  
despedía el olor inconfundible  
de la libertad.

Entre tantos vericuetos, el enclaustrado,  
presa del mareo de dar vueltas y más vueltas  
en redor de su delirio,  
acababa  
por perder la cabeza y la salida.

**La obligación principal de esta  
prisión era asfixiar el afuera,  
arrancarle una a una sus palabras,  
convertirlo en silencio  
de ultratumba.**

**El espacioso vientre del laberinto  
era la metáfora ascendente  
y expansiva  
del complejo de intestinos e intestinos  
que conformaban el vientre  
del voraz Minotauro.**

**Había quienes, al ser arrojados a este ergástulo,  
entraban con una brújula escondida;  
llevaban en sus bolsas  
los cuatro puntos  
cardinales,  
o una bitácora de expectativas quinceañeras.  
Los había.**

**Pero terminaban indefectiblemente,  
con todo y brújula,  
en los intestinos reptantes  
de Asterión.**

**El laberinto era un infierno en miniatura,  
donde las llamas punitivas asumían la forma  
del quemante extravío**

permanente.  
El único que deambulaba,  
si no feliz,  
fascinado  
de matarlo todo  
-mujeres, hombres, tiempo-  
era el Minotauro.

El “hombre blanco” lucía un pene  
del tamaño y el grosor correspondientes  
a su cuerpo.

Pero no sabía qué hacer con él  
ni para qué servía.  
Pensó que era un instrumento musical afónico  
o un cuerno –como los que ensartaban nubes-a  
medio hacer, fuera de su sitio  
y con la punta achatada  
como inhibiendo toda agresividad. Pensaba,  
ay, que el caos le había obsequiado un  
juguete descompuesto.  
Su castidad era de todos  
conocida y nunca se supo  
de ninguna violación en el laberinto.  
Si hubiera existido un Minotauro  
hembra... Pero ni las mujeres ni las vacas  
lo atraían Nunca conoció otro apetito  
que no estuviera en la siempre  
insatisfecha boca de su estómago.



**gozaba del don de ubicuidad  
y en donde el Minotauro,  
al tronar de dedos de lo  
sorpresivo, hincaba sus uñas que son zarpas que  
son muerte en la carne indefensa de su víctima,  
donde la gula se hallaba  
como pez en su sangre.**

## ANDROGEO

**Androgeo, hijo de Minos y  
Pasifae, famoso por sus músculos  
-nunca agrietados por la falta de decisión-,  
su agilidad de liebre acosada, las pequeñas aletas  
que le fueron creciendo con los años  
en los pies,  
fue invitado a los famosos juegos atléticos  
que año con año se realizaban  
en el Ática.**

**Ganó en el maratón y en toda clase de carreras  
por ser el aventajado alumno de un río  
que se remaba a sí propio con desesperación  
para llegar puntualmente a su cita  
con la ley de gravedad de la cascada. O  
para no ser alcanzado por la quietud  
y su pretensión de agua  
estancada de meter freno  
y amordazar la gloria de la música.**

**Como oyó hablar de Atlas  
y se puso, imitándolo,  
a cargar cosas cada vez más enormes,**

**hasta poder aguantar en hombros lo  
imposible, el alzamiento de pesas fue pan comido.**

**Como imitó al océano  
y su envidiable manera de nadar sobre su  
fondo, contempló con desprecio  
la forma en que braceaba su adversario  
-en la lucha, más que libre, encadenada  
al dictado del destino-  
pugnando por no  
ahogarse y arribar,  
desfalleciente,  
a su derrota,  
a la playa infernal de su mal puerto.**

**Nadie pudo igualarlo.  
Su aplastante destreza  
ni siquiera  
permitió que el segundo lugar obtuviese  
los marchitos laureles  
de un efímero aplauso.**

**Los vencidos  
sintieron que el triunfo  
-ese efímero clímax  
con delirios de perpetuidad-**

se les iba de las manos, se les convertía,  
de la noche a la mañana,  
en el harapo transparente  
de sus flaquezas e ineptitudes.  
Sintieron, ya sin el honor, que se les disminuía,  
se les arrojaba al anonimato,  
se les condenaba al infierno de ser  
en cualquier estadística  
una cifra sin rostro.

Sintieron que, arrebatándoles la fama,  
se les extendía un salvoconducto  
para el país tenebroso  
en que, en la invisibilidad de lo mediocre,  
se les despellejaban las huellas digitales.

Los atenienses y los de Megara, enfurecidos,  
ahíto de vergüenza,  
decidieron vengarse:  
invitaron a Androgeo a un gran convite  
a la mitad del bosque,  
a una mascarada  
en que todos  
tenían que dejar en sus hogares  
su verdadera cara.

Lo hicieron entrar en un recodo  
donde la oscuridad



## **EL ACUERDO**

**Minos dio la orden a los pífanos y atabales de liberar de sus mazmorras de silencio a todo el ruido de Creta. Revivió en la oratoria y mandó a sus ejércitos lanzarse a la más devastadora de las ofensivas. Nombró a la venganza su general en jefe. Convertido en el Eolo de sus navíos de guerra arrojó mar adentro su amenazante flota. Movilizó su infantería, su caballería, su colección de lanzas y de arietes, su glotonería de triunfos militares y su ira del tamaño de la destrucción de ciudades enteras.**

**Entró a saco en Magara.  
se deshizo de todas las personas  
que no lograron esconderse  
en el punto ciego de sus  
pupilas de tirano.**

**Al filo de la tarde, no dejó títere con cabeza,  
ni en las cabezas aún entroncadas a su cuerpo  
el menor intento de darle respiración artificial  
a la rebeldía.**

**Destruyó lo que encontró a su  
paso, a su iracundia en celo,**

**a su orfandad de calma espiritual.  
Echó abajo las casas, los templos,  
los teatros, los orgullos,  
y no permitió más presencia que  
la de un humo sobreviviente,  
aterido y macilento,**

**que relataba,  
tartamudeando.**

**lo sucedido.**

**El rey de Creta  
estaba a punto  
de volver las armas contra Atenas  
y nombrar nuevamente a la  
sangre espada mayor  
de sus**

**legiones. Estaba a punto,  
cuando una delegación ateniense,  
en nombre del rey Egeo,  
pidió parlamentar con él,  
dejar que las palabras**

**tomaran la palabra.**

**Y hacerlo  
como lo hace la humildad con la  
soberbia. Conferenciaron.**

**Eligieron a la buena voluntad como presidenta de  
debates.**

**Hasta se diría que escenificaron**

**una esgrima de lenguas.**

**Los cretenses no daban el brazo a  
torcer ni le ponían riendas a su empeño.**

**Se diría que su lengua  
era un apretado tejido**

**de negaciones.**

**Se diría.**

**Se fueron poco a poco acalorando.**

**Varias de sus frases se agarraron  
a trompicones.**

**Los de Atenas manejaban la lógica  
con la sabiduría con que en el circo lo  
hacen los cuchillos que respetan  
la vida de la mujer en el tablado,  
causándole rasguños solamente a  
su ángel de la guarda.**

**Llegaron por fin a un acuerdo:**

**Atenas debía comprometerse a  
satisfacer el “hambre de nunca acabar”  
del Minotauro,**

**y si respetaban su compromiso,**

**los de**

**Creta, magnánimos,**

**dejarían que las palabras de ambas  
parte se abrazaran fraternas**

**enarbolando la  
bandera blanca  
de la paz,  
donde ni la más pequeña nube  
volvería a nacer.**

## EL NIÑO MINOTAURO

Ninguno de sus hijos  
había producido tanta  
ternura a Pasifae  
-diestra en interpretar  
todos las melodías del amor  
en el laúd de las caricias-  
que su niño toro,  
su Minotaurillo,  
llamado “Amor de su madre”  
y al que alimentaba subrepticamente  
con menudencias de corazón.

Cuando le llevaron al novillo  
a amamantarlo,  
a recubrir las encías del bebé  
con dientecillos efímeros de leche  
y a premiarlo con caricias de  
miel por su buen apetito,  
ella se imaginaba que un fragmento del  
cielo había dado en su cama.  
¿Esto es -se decía- la felicidad?  
¿Los campos elíseos se construyen

con los brazos maternos rodeando  
a su criatura?  
¿Así de sencillo?  
Y una lágrima en sus ojos  
estaba esperando la oportunidad de salir a  
la intemperie  
a poner los puntos  
sobre las íes.

Pasifae fue descubriendo -  
niña, adolescente, mujer-que,  
con el correr de los años,  
su boca era un manantial inagotable de  
besos, tan lo era  
que no le bastaba el infinito para contarlos.  
La mayor parte de ellos los destinaba  
a cumplir con las leyes de tránsito  
de la cortesía,  
a ponerle al saludo  
un feliz  
condimento o a dejar en la mano  
del que se acerca al crepúsculo  
tras de ir regando años y más años de sus bolsas  
agujereadas,  
su señal de respeto.

Pero otros, sus ósculos al menudeo,  
eran besos producidos por

la ternura,  
 el deleite,  
 la pasión volcánica.

El Minotauro recibió más besos que nadie.  
 Besos en la boca,  
                                   las mejillas,  
   los cuernos,  
 besos en la estupefacción  
 y la alegría.

                          Besos detrás de las orejas  
 y en el diminuto laberinto del ombligo  
                           que “Amor de su madre”  
                           cargaba a medio vientre  
 como una premonición simbólica  
                           de su cabrón futuro.

Para darle esos regalos invaluableles  
 que se escondían, extasiados,  
 en los últimos rincones del cerebro  
 del toro niño,  
 ella ponía el cuerpecito tibio  
                                   del bebé,  
                                   del infante,  
                                   del mozalbete  
 junto a su cuerpo;  
                                   lo vestía de  
 arrumacos, lo abotonaba de besos,

hasta que un día, asombrada,  
descubrió que “Amor de su  
madre”, su Minotaurillo,  
no tenía dos sino tres cuernos en su  
físico y ella, pudorosa,  
cubrió su cuerpo con la sábana  
como quien echa mano de un eufemismo  
para evitar la visión del trapito sucio  
lavado fuera de casa.

Mas un día –como el vendaval  
que lo hace sin pedir nunca permiso-Minos  
entró al Edén, con toda la caballería de sus  
pasos.  
De un manotazo destruyó la dicha  
y sus suburbios.

Arrancó de los brazos de Pasifae  
-después de un terrible  
forcejeo  
entre la tiranía  
y el instinto maternal-  
al Minotauro niño.

Lo tomó de los pelos. Lo levantó hasta su  
cara. Se le quedó mirando con asco,  
con el estómago golpeando a dos manos  
la garganta.  
Descubrió en él gestos y ademanes

de “mi razón de vivir” y de  
Pasifae jugando en santa paz  
en el cuerpo del engendro,

Comenzó entonces a conspirar  
con sus peores intenciones.

Encerró primero al Minotauro en una jaula,  
en un lugar propio para aves de rapiña,  
en una de esas vulgares prisiones  
que moldean caprichosamente el espacio  
y obligan al prisionero  
a transformar su caminata  
que podría dar una vuelta al  
mundo, en la  
madeja inextricable  
enmarañada  
de su ambular inmóvil.

Después lo encerró en el laberinto  
que Dédalo le construyese,  
no sólo para envenenar la  
libertad de sus adversarios,  
sino para esconder  
la vergüenza,  
el deshonor,  
la ira sin compostura  
posible,

**de su dueño.**

**El Minotauro nunca olvidó  
las caricias de su madre.**

**Lo acompañaron durante su vida entera. Y  
vinieron en su auxilio,**

**silenciosas,**

**cuando el hacha de Teseo**

**le dio la bienvenida a la agonía**

**al hendirse en la carne**

**hasta dar con la osamenta**

**-la montura espectral de nuestra vida-**

**e iniciar en Asterión**

**el duelo entre su último suspiro**

**y el silencio triunfante,**

**duelo que Pasifae,**

**la autora de sus días,**

**¿cómo podía, cómo, p rocesar?**

## **TESEO, ARIADNA.**

**Ante las silenciosas plañideras  
de centenares de ojos,  
en Atenas se integró el grupo de jóvenes  
destinados  
a servir de alimento  
al hombre toro,  
y que mes con mes,  
iban asidos, como galeotes,  
a la cuerda de la misma  
plegaria sujeta, como todo en la tierra,  
a la ley de gravedad.**

**Teseo soñaba con ser otro Hércules.  
Discutía con su brazo derecho  
de política. Le metía la zancadilla  
al dogma de sus evidencias.  
Las clases de esgrima las tomaba  
con los vientos encontrados.  
Jugaba a las vencidas  
con los puntos cardinales.**

**Vosotras  
-les decía a sus manos-**

**debéis dejar de estar masturbandoos  
una a la otra  
en la embriagadora inmovilidad  
del escepticismo.**

**La decisión que tomó,  
cambió el curso de la historia  
y todos los profetas tuvieron que  
escondese algunos días.**

**Su cerebro  
y su corazón  
conferenciaron  
con sus manos.  
El acuerdo,  
oloroso a madrugada,  
llegó por fin.  
El coraje dio  
su voto a  
favor  
de correr  
el riesgo.**

**Teseo se llevó consigo  
un hacha (un instrumento  
afilado por la astucia)  
que había escuchado los consejos de una  
espada que era a su vez la alumna preferida**

**de la muerte.**

**Y se propuso correr el mayor riesgo  
posible: enfrentarse a un enemigo  
taimado como gato, feroz como  
rinoceronte, sin más escudo que su piel.  
Colocarse ante los cuernos  
y las manos de la  
fatalidad solo y sólo con la rodela  
de su temeridad,  
el posgrado  
(lo saben todos)  
de la valentía.**

**En Creta,  
ante la cuota de atenienses  
requerida para el espantajo  
-que buscaba enloquecido en su  
prisión cómo silenciar el griterío  
de su estómago-,  
Minos, en compañía de su hija Ariadna,  
decidió llevar a cabo una inspección  
de las  
víctimas. Las hizo desnudarse.  
No dejar en su cuerpo  
sino la tela sutil  
-en amoríos con lo  
invisible-del pudor.**

**Se diría un campo nudista  
diseñado por Venus  
para que el arquero niño  
hiciera de las suyas,  
y los maravillosos cuerpos  
-que tenían a los  
ojos amantes de lo bello  
arrodillados-  
no fueran la carne de prisión  
de un campo de exterminio,  
sino el florecimiento lujurioso  
del jardín de las delicias.**

**Ariadna, al hallarse frente a frente con  
Teseo, sin saber quién era  
y qué se proponía,  
sintió un cataclismo,  
una descompostura a medio pecho,  
sus pupilas, asombradas,  
le dieron las espaldas a su padre  
y su corazón cambió  
de nombre y apellido  
repentinamente.**

**Ariadna divisó el hacha  
que Teseo guardaba  
bajo el brazo,**

**a la altura de la  
dignidad en armas.**

**Pero no dijo: “esta boca**

**-que entregaré a mi amado-  
es mía”.**

**Tras de reclutar a su silencio**

**a las filas de la complicidad,**

**puso en manos de Teseo**

**un ovillo,**

**la prodigiosa síntesis**

**de una odisea..**

**consciente**

**de que los hilos saben,**

**como las llaves, deletrear**

**la palabra independencia.**

## **ARIADNA Y SUS HILANDERÍAS**

**Las manos de Ariadna eran  
consideradas como una gloria regional  
de la isla de Creta. Sus acciones  
sabían sacarle secretos**

**a las provincias más reticentes  
del aire.**

**Cualquier descompostura del mundo  
era un reto para ella.**

**Su habilidad llegó a oídos de la envidia  
y muchas y muchos la miraban  
desde diferentes atalayas del odio.**

**Sus manos,**

**arañas en su tela de ademanes,  
se dedicaban a la orfebrería de la  
sorpresa y a la juguetería fantástica del  
ingenio. Tomó, dicese, clases con Aracné  
y sabía hacer con una aguja,**

**un gancho,**

**un hilo**

**y un tapiz**

**bordados que podrían figurar,**

**en un concurso de telarañas,**

**si lo hubiese,**

**codo con codo con aquellas  
que fueron confidentes  
de los delirios de la geometría.**

**Sabía remendar un propósito,  
coser un botón y arrancarle sus colmillos  
al vendaval helado.**

**Pero también zurcirle una cicatriz  
a la herida por donde se escurrían  
caudales y  
caudales de sangre y de gemidos.**

**Ariadna se quedó viendo  
lentamente el hilo que llevaba entre  
los dedos como el más delgado,  
dócil, tibio,  
instrumento  
ideado por los hombres,  
y en ese instante,  
una idea  
sagaz,  
ingeniosa,  
plena de humanidad  
(como la de la bestia  
-caballo, cerdo, toro- que se sabe  
conducida hacia el rastro), fue  
divisada por el ojo de aguja  
de su intensa pupila,**

**y supo dejar a sus espaldas  
los grises vericuetos  
del cerebro.**

**Entonces, carrete en mano,  
salió en busca de Teseo,  
consciente  
de que la única manera de escapar del Minotauro,  
era fugarse del laberinto,  
inmovilizarlo,  
dejarlo mudo,  
saquearle sus oficios carcelarios,  
y convencida  
de que no sólo Asterión  
era el asesino serial que ya sabemos,  
sino que el propio laberinto  
(que devoraba víctimas: les  
permitía entrar,  
pero les escamoteaba,  
en un acto de magia,  
la salida)  
era también un monstruo,  
una bestia al servicio  
de otra bestia.**

**Ariadna llegó a tiempo.  
Y le pasó a Teseo  
-antes de que los sicarios**

**lo encerraran  
en la encrucijada de las encrucijadas-  
la llave sabuesa,  
blanca  
y culebreante  
del ovillo,  
el hilo donde encarna,  
silencioso,  
prometedor,  
reptante  
el instinto de orientación,  
el cual, sin los consejos  
del afán libertario,  
no podría dejar de perderse  
en la red enmarañada  
de tantos vericuetos.**

## **MINOS Y SU IRACUNDIA**

**Minos, fuera de sí,  
cada vez que divisaba en sus  
corrales a su querido toro,  
cerraba los ojos y por un  
instante se deshacía del mundo.**

**Ahora lo llamaba  
“mi razón de  
morir” y el suicidio, ay,  
ya no se encontraba  
en la lista de los actos  
imposibles.**

**Más furioso estaba con Pasifae.  
“Me casé –decía- con la infidelidad,  
con la falta de escrúpulos,  
con un impudor salvaje  
que ha ostentado a la intemperie  
y ante los ojos, oídos y maledicencia  
de la opinión pública,  
las células  
últimas,  
las de mayor  
intimidación,**

de su cuerpo,  
 y lo ha hecho con una desvergüenza  
 no registrada  
 ni por los cronistas  
 más minuciosamente escandalosos  
 de nuestra especie”.

Yo, el relator de esta historia,  
 al ver embarazada a Pasifae,  
 me dije:

*“Tiene un vientre que no sabe  
 mentir. El toro blanco  
 la penetró hasta los tuétanos,  
 le trastocó las exigencias de sus entresijos,  
 le arrancó de las profundidades  
     su naturaleza,  
     su mudo bramar eternizado,  
     su invisible palpitar  
     perdido en la apariencia  
 humana. Le reveló su verdadero ser  
 agazapado en su columna vertebral  
 y escondido en algún recoveco  
 de su entraña;  
 sacó a flote su esencia  
 -que es, a lo que se dice, lo implantado por el  
     sol en la matriz de la ninfa Crete,  
     cuando, imitando a Júpiter*

*en sus amores  
con Europa,  
le dio forma de toro a su libido.*

*Después, “mi razón de vivir” se  
derramó en la entraña de Pasifae  
con la tibia cascada,  
espumosa,  
burbujeante  
de su leche masculina  
y la dejó preñada. Esa es la historia.*

**A Minos, furioso, le costaba enorme  
trabajo cargar su propia cabeza  
por el gran peso que le resultaba  
saber de la existencia  
del Minotauro.**

**Cuando niño  
-un Asterión de trotecillo suave,  
ojos donde parpadeaba la inocencia,  
cuernos introvertidos,  
aún en ciernes-  
quería estrangularlo,  
arrojarlo a la jaula de los leones,  
destruirlo y convertirlo en  
tapete del palacio,  
darle cucharadas de vidrio  
molido, pero,**

como era sin embargo hijo de “mi razón de  
vivir” y, pese a todo,  
de su  
Pasiafae, que le había dado  
hijos e hijas  
que ponían su paternidad  
en el lado glorioso de la vida,  
decidió sólo encerrarlo,  
primero en una jaula  
(ahí donde el espacio siempre se  
halla a pan y agua prisionero)  
y después, con el corazón endurecido hasta ser  
piedra,  
en esa cárcel del laberinto,  
sin parangón en toda la historia  
humana, donde lo habitual,  
lo  
imborrable, era, por un lado,  
la imagen del sanguinario monstruo,  
con un pie rascando el suelo,  
los cuernos en ristre,  
y los ojos embistiendo ya a su  
presa, y, por el otro,  
la víctima empezando a saborear  
su último  
suspiro.

## EL MINOTAURO EN SU LABERINTO

**El Minotauro, además de poseer  
la ciclópea fuerza del viento,  
gozaba del don de ubicuidad  
en todo el laberinto.**

**Como aire que enloquece,  
y da tumbos y  
tumbos, no respetando más señales de tránsito  
que las dictadas por la brújula  
de sus fosas nasales,  
encarnaba una estampida de búfalos  
que jamás habían oído  
el llamado imperioso  
de las riendas.**

**Todo el vigor del mundo se escondía en sus  
brazos. No sólo, sobre su cuello, cargaba  
lo que cargaba,  
sino que, dentro de él,  
los músculos y huesos embarnecidos  
hasta el tamaño de lo invencible,**

presentaban el taurino diseño  
de una naturaleza delirante  
y a patadas con el mundo.

De querer tomar baños de sol  
cuando aún dominaba la tiniebla,  
podría haber  
desenterrado de cuajo un roble,  
limpiar con su fronda  
los cuatro rumbos del espacio  
y, logrado su propósito,  
 ducharse con un reguero  
inextinguible de luciérnagas tibias.  
De quererlo.

Nada le impediría  
realizarlo. Pero su mente,  
con la atención deshilach  
ada, pisándole los talones  
a distintos afanes,  
insomnios,  
ímpetus horneados en las llamas del  
deseo, se hallaba fuera de sí.

Su idea fija  
-puesta entre los paréntesis  
de sus cuernos-  
era vivir el opíparo banquete

**de comer carne cruda  
(mondada palmo a palmo de sus  
huesos) y enseguida libar  
el vino tinto de la sangre  
producto de una  
cosecha de uvas  
embarazadas de alegría.**

**Para dar respuesta a sus  
delirios de caníbal hambriento  
-muerto de hambre aunque  
acabara de apurar un apetito-  
soltaba la jauría  
de su olfato, sus uñas y sus dientes  
a cazar lo que hubiera  
en los vericuetos de su  
cárcel.**

**Corría como alma que lleva el  
diablo, como león (que sufre en las  
entrañas la insoportable ausencia  
del antílope) y corre, corre  
atropelladamente en pos de la succulenta  
realización de su fantasma.  
Corría, saltaba, caminaba despacito,  
poniéndose imaginarios calcetines,  
por si las moscas  
o las sospechas.**

**A veces era sólo un rumor,  
un monosilábico tronido de hojas secas,  
y se llamaba peligro.**

**Otras era una presencia abrupta, un  
esperpento construido  
con células de  
tigre, y se llamaba muerte.**

**Recorría el laberinto  
como dueño y señor  
del espacio prisionero,**

**de la atmósfera corrupta,  
de la singular galera  
de veredas sin sentido  
que servía también  
de vesánico instrumento  
de tortura.**



**la voluntad del público,  
que esté siempre ocupado  
en arreglar los laureles  
que le coronan el cráneo,  
que sea, en fin, un ente excepcional dado  
a luz por obra y gracia de un desliz que  
tuvo un día el cielo con la tierra.**

**No. Aquí, en estas palabras,  
en esta partitura de suspiros añejos,  
en este pergamino de lágrimas antiguas  
desde hace tanto tiempo evaporadas,  
la gesta no es de un hombre  
que tenga el privilegio de cargar  
neuronas de deidad en la cabeza  
o que pueda competir y ganar a las  
carreras con el viento.**

**Aquí el protagonista es la pareja:  
el hombre que se sabe contraparte  
de la mujer, la imagen encarnada de su  
espejo, y la mujer que es consciente  
de que su identidad no está en los secreteos  
de soledad y aislamiento  
a los que la piel y las fronteras son tan  
dadas, sino en la unidad militante  
de la fusión amorosa  
de su par de pronombres.**



**que el peor monstruo del laberinto  
era una salida  
que vendió su alma al demonio.**

**Hombre y mujer adivinaron  
que sólo si entrecruzarán sus almas -  
no sólo en el dulce coloquio del jadeo-  
sino que interpretarán un programa de  
vida a cuatro manos,  
a cuatro vientos sobre el teclado,  
sólo así podría desmoronarse piedra a piedra  
el laberinto,  
sólo así podría realizarse un gran holocausto de  
llaves,  
sólo así podría llevarse al  
cuello del Minotauro  
la gloria escarlata  
del hachazo.**

## EL LABERINTO

**Dédalo sabía descobijar sorpresas,  
sacar a la intemperie  
las criaturas de su fantasía,  
los homúnculos de su pecho.  
Era geómetra,  
inventor,  
poeta a ratos  
y en sus momentos libres  
músico, que caminaba  
con su caña de pescar con dirección al  
río a la búsqueda de arpegios,  
acordes,  
melodías.**

**A los hombres y mujeres  
que no sabían más que atravesar arroyos  
con brincos o garrochas,  
les habló de la forma de las  
cejas, de los noventa grados  
del vuelo de un pájaro de una rama a la siguiente  
y hasta de las bocas enojadas  
en las máscaras de la tragedia,  
y solucionó las cosas.**

**¿Qué como había que atravesar el mar?  
La gente hablaba de ballenas,  
de peces y su repertorio de movimientos  
imitables, de troncos que nacieron  
sabiendo nadar,  
de balsas formadas por millares de  
brazos invisibles  
que braceaban.  
Dédalo dibujó un triángulo de lino  
en su frente  
e inventó las velas,  
delicia de las naves y del viento en sus  
nostalgias de niño.**

**Ahora un barco  
que llevaba en hombros  
su nuevo invento,  
ponía en entredicho la dictadura  
de los mares,  
la soledad de los continentes,  
las fronteras saladas.**

**De tantas criaturas fantásticas  
que saltaban  
de su cerebro  
a sus manos  
y de sus manos  
a la vida,  
la idea del laberinto**

**no fue la menos ingeniosa.**

**Se trataba –díjelo ya- de una  
prisión. Pero las prisiones están  
construidas para cumplir sentencias  
-y entonces necesitan de una  
entrada-y acoger indultos  
-y entonces necesitan de una salida-  
. Dédalo hizo una cárcel  
con entrada  
pero  
sin salida.**

**Una prisión con los brazos abiertos a quien ent  
ra y letreros de “se prohíbe el paso”  
para todos los ilusos que pretenden  
caminar hacia atrás.  
Una verdadera obra maestra.**

## PRISIONES

**Cuando el epicentro de un sismo  
no se encuentra en el dedo índice de Dios,  
ni tampoco en una descompostura de la  
materia; cuando surge más bien  
del bullir hasta estallar  
del enojo  
de los parias  
y  
menesterosos,  
el poder querría tener amarrados  
de pies y manos  
ese huracán.**

**Qué mejor entonces  
que cuadrangular el espacio,  
limitarlo con los centinelas  
insobornables de los barrotes;  
multiplicar, en una especie  
de milagro canceroso,  
las puertas y candados  
como panes y peces,  
erguir en un panóptico  
un palomar de miradas  
de rapiña**

**y hacer un panegírico a  
la envidiable capacidad  
de las prisiones  
de devorar las manos de los presos.**

**El laberinto es el origen del conjunto de  
prisiones que registra la historia.  
Es el abuelo o el padre de los “arriba las  
manos”, “la tortura os espera a la vuelta de la  
esquina”, “busquen el rincón menos incómodo  
de la mazmorra”.**

**Todas estas cárceles, todas  
están realizadas bajo el modelo  
del laberinto.**

**Son como feligresas de su ideal,  
inspiradas en la idea de una prisión  
donde la salida se  
ahorca en la rama de un  
árbol y las huellas,  
como serpientes que se devoran su  
cola, acaban por morderse los talones.**

**Hay prisiones para todas las necesidades:  
cárceles que se hallan  
en el vecindario,  
en la colonia, calle, número  
y código postal de una ciudad cualquiera.**

**También las hay clandestinas  
que se esconden  
para que el sol no siga deletreando  
(como siempre)  
el nombre de las cosas.**

**Existen cárceles al aire libre -  
estadios y campos deportivos-  
donde se diría que, por lo  
menos, las miradas logran, en la  
noche, fugarse por un instante  
a los puntos en que el firmamento se  
dedica a restañar heridas,  
pero de esas cárceles cómo escapar  
del frío y su holocausto de  
pulmones, ni de los grilletes  
de la ley de gravedad  
que sujetan a los presos por las piernas.**

**Hay cárceles de todos tamaños:  
pequeñas, medianas, grandes.  
Y hasta algunas, de la extensión del mundo,  
que luchan a codazos con la atmósfera para  
ver quién es quién en esta Tierra.**

**Hay cárceles que se encogen  
hasta ser calabozos tan estrechos  
que son la camisa de fuerza**

de la  
víctima; son cárceles pocilgas,  
donde caben apenas la  
persona y su respiración,  
donde el oxígeno, racionado,  
se encoge en las rendijas  
de la puerta.  
Ni siquiera tienen en el muro  
la luz cuadrangular de la ventana  
o, cuando menos, una  
fotografía del afuera.

También existen cárceles medianas,  
con pocas celdas y espacios agüitados  
para tomar el sol. Con reclusos  
que se cuentan con los dedos  
de la lástima.

Cárceles bien equipadas  
con sus baños, su cocina,  
su comedor, su altar  
y su sala de tortura.

Hay también prisiones,  
con presos hacinados como colmenas  
donde sólo se liba  
la amargosa flacura del espacio.

**Y hay cárceles en sintonía con los tiempos.  
Con puertas y escaleras automáticas  
por donde sube y baja la modernidad.  
Que huelen a jabón y agua colonia,  
y en ocasiones a cortos  
circuitos de la silla eléctrica.  
Cárceles elegantes  
en donde el pan y el agua consabidos  
son reemplazados  
por biscochos con pasas y agua de  
tamarindo. Calabozos aristocráticos  
con paredes de terciopelo,  
policías con uniforme de  
lujo, y en que se tortura  
sólo una vez por semana.**

**En este conjunto variopinto de cárceles  
(ya sea las vigiladas por un cancerbero  
borracho o las de máxima seguridad)  
a veces  
hay ornamentos múltiples, estrafalarios,  
desconcertantes:  
floreros, esculturas  
de barro, fonógrafos, macetas con  
cadáveres de geranios,  
fotografías  
de un horca,**

**de un paredón agujereado  
o de la primera silla eléctrica.**

**Cierto que en ellas se recluyen  
delincuentes del orden común -  
rateros, asesinos que delinquen  
tan sólo en los suburbios del pronombre-  
; pero más que nada sirven  
para tener amarrados de pies y  
manos a los huracanes  
nacidos de la rebeldía y los agravios  
de los parias y menesterosos.**

## ÍCARO

Dédalo, inventor del laberinto,  
y encerrado también en los amargos vericuetos  
de su fantasía,  
daba vueltas y más vueltas  
a las curvas de su propio  
mareo y no sabía cómo salir  
del perverso circuito  
de su propia invención.

Un día divisó un gran pájaro  
-¿una grulla,  
un albatros,  
un ave del  
paraíso?-que atravesó el firmamento  
como un estrafalario regalo que a sus  
ojos le obsequió la sorpresa,  
y sin pensarlo más, se decidió  
a hacer unas alas  
con cera, plumas, varillas  
e instinto de orientación.

Al terminar su pequeña obra maestra  
se la ciñó  
en los brazos y en los hombros.

**Y se sintió como el jinete  
que está en el cuadro de espera  
de salir al ruedo  
sobre un animal salvaje y  
encrespado del que se ignora  
si acabará por entender  
el lenguaje autoritario de la rienda.**

**Aleteó el tiempo indispensable  
para saber que el cielo  
le pertenecía  
y que en un solo salto, pero deificado por el vuelo.  
podría deshacerse de los grilletes  
del laberinto.**

**Corroboró las virtudes de su invento.  
Supo que la libertad  
no se hallaba en ninguno  
de los puntos  
cardinales.  
ni tampoco sepultada, bajo tierra,  
sino que estaba arriba,  
al alcance de los  
ojos y sus alas.**

**Mas la paternidad le colocó en las sienes  
la corona de espinas de un reclamo  
por un olvido breve.**

**El egoísmo se le enfermó en el pecho  
acabó desmayado en brazos de la nada  
y fue sepultado  
en ese pequeño cementerio  
que todos cargamos  
en el corazón.**

**“Ha de ser Ícaro –se dijo- quien se ponga las  
alas, se coloque en los hombros  
el espacio, la  
atmósfera,  
la libertad”.**

**El hijo entregó a su padre un agradecimiento  
envuelto por su ternura  
para regalo.**

**Dédalo advirtió:**

**“Hijo, no te alejes demasiado de la  
tierra, no te engolosines con el alto cielo,  
sin oleajes,  
donde el oxígeno perfuma los pulmones  
y la libertad echa mano  
de estruendosas  
aleluyas.**

**No te aproximes al sol como la palomilla  
que, en su glotonería de luz,  
acaba por ser alimento  
de la sombra de rapiña.  
Tampoco te acerques demasiado al mar,**

**al canto de sirenas  
submarinas. No aceptes como copiloto al  
céfiro disfrazado de contagiosa alegría  
que, yendo de aquí para allá, con  
su fardo de lluvia al hombro,  
ponga en peligro tu vuelo libertario.  
Cuídate no sólo del sol, sino también del mar,  
del calor y del frío,  
no lleves excedido el peso  
con el tesoro de perlas  
de la espuma.  
Vigila tus movimientos  
y ten preparado  
-con tus viejas sandalias-  
el tren de aterrizaje”.**

**Ícaro, en propulsión de esperanza, se hizo al ciel  
o. Arrojó a la tierra el lastre  
de su temor  
y de pronto, por un instante, creyó que  
era un dios recién nacido,  
y aun pretendió,  
desenfundando su insolencia,  
tutearse con el sol.  
Se creyó catapultado  
por su propia apoteosis.**

**Mas de repente,**

**dio una cabriola agónica en el aire  
, se vino a pique  
y se sumergió en el mar  
como un pelícano  
en busca de alimento  
hasta hallar  
el negro pescado,  
silencioso,  
sin parpadeos,  
de la muerte.**

## CUERPO A CUERPO

Llegó el momento de la  
definición. El Minotauro ya sabía  
de Teseo; su sospecha estaba  
embarazada de certidumbre.

En su lúcida previsión,  
se había aprendido de memoria  
el rumor de los posibles pasos  
y respiraciones  
del enemigo.

En veces se subía a una escalera  
y, asomándose por el último peldaño -  
como si fuera una ventana-  
hacía de sus ojos, al pestañear,  
pajarracos espías,  
escudriñadores,  
carroñeros.

Trazó un plan de ataque.

Las manos, a la vanguardia,  
debían espigar en la garganta  
del héroe ateniense  
la enloquecida sílaba  
de la asfixia.

Ahogarlo de manera gradual,

**minuciosa,  
llena de paciencia,  
casi científica.**

**Logrado este propósito,  
los cuernos deberían  
embestir el pecho del joven,  
remover sus entrañas,  
desordenar su anatomía  
hasta cambiar de lugar sus órganos  
internos y sacar a la intemperie,  
todavía palpitante,  
el manjar más succulento  
imaginado  
por naturaleza.**

**Teseo ideó también su estrategia.  
Su fuerza,  
sus músculos  
cebados por la  
furia, su agilidad,  
su intrepidez,  
su valentía sometida a  
tortura por el libre albedrío,  
su temeridad,  
su temor a la muerte enflaquecido  
y harapiento.  
Todo, a la voz de mando de su astucia,**

**llevarían al Minotauro  
al callejón sin salida de su último suspiro.**

**En un recodo de la cárcel  
se hallaron frente a frente,  
con la mirada  
acicular con que observa, en un duelo.  
una escopeta a la otra.  
Fue el momento de la definición,  
de saber quién es quién y en qué corazón se  
oían ya los negros latidos de la muerte.**

**Se midieron de arriba abajo.  
Se escudriñaron, se olieron.  
La inmovilidad,  
acompañada de una respiración  
profunda y  
vigilante, les amarró los brazos y  
las piernas. La excepción: los ojos.  
El Minotauro clavó sus pupilas  
en los músculos de Teseo  
y la risa, que iba a ser  
carcajada, se encogió a la sonrisa.  
Teseo elevó los  
ojos a los cuernos del “hombre  
blanco”, una rápida corriente de  
frío recorrió su columna.  
Se midieron. Se escudriñaron.**

**Se olieron.  
Y se hizo un silencio  
que pareció durar  
    días y más días sin la noche  
de ningún parpadeo.**

**Tras un momento de duda  
en que Teseo se preguntó si su hacha había  
comprendido bien sus instrucciones, el  
ateniense recuperó el ánimo  
y se creyó capaz de vencer al mismo  
    Heracles y por lo menos  
    hacerle tablas  
a la misma fatalidad.**

**Tras un momento de duda  
y de no saber en qué parte de su cabeza  
    se encontraban sus ojos,  
    oyó de nuevo el canto dulcísimo  
de la serenidad.**

**Pero todo fue destruido abruptamente  
por el salto sorpresivo de la bestia.  
En Teseo estallaron palabras  
    militantes, gritos de guerra,  
    órdenes militares  
    a los músculos.  
Ya no estaban frente a frente,**



**un arma secreta de Teseo,  
algo así como una culebra venenosa  
amaestrada  
que fingía,  
con insuperable astucia,  
ser invisible,  
o casi.**

**Lo tomó con los dientes,  
saboreó su cabello de ángel  
libertario, y lo cortó,  
furibundo,  
en dos porciones.**

**Entonces , zás, se perdieron dos hilos:  
el de la vida de Asterio  
y el de Ariadna  
que voló por los aires,  
se enroscó en un incomprensible  
jeroglífico  
y corrió hacia su escondite.**

**Teseo no quería separarse  
de su instrumento de lucha.**

**No  
quería. El hacha debía ser a su mano  
lo que la artillería pesada**

**a la testa del rinoceronte,  
lo que el colmillo huracanado  
a la boca del lobo,  
lo que el afán homicida  
al odio sin cuartel.**

**Pero algo más fuerte que su fuerza,  
algo que le obnubiló el propósito  
y le torció el brazo  
a su libre arbitrio,  
le hizo arrojar el hacha  
como un halcón hambriento  
o la alada iracundia  
del que quiere jugarse  
el todo por el todo.**

**El hacha, como bólido de  
fuego, recorrió su itinerario,  
hizo cenizas toda desviación  
que saliera a su encuentro y  
se clavó en el cuello**

**no de toro  
sino de hombre  
del Minotauro.**

**El hacha de Teseo permitió  
que la normalidad  
se regodeara  
al ver escindidos el cuerpo y la cabeza,  
en tanto que el caos  
prorrumpía en maldiciones...**

**Tras el golpe devastador,  
todo fue ganado  
por una infinita oscuridad  
caída de los cielos a los párpados  
del hombre toro.**

## LA VENGANZA DE MINOS

**Minos era un hombre de  
decisiones. La indecisión le parecía  
una enfermedad de almas pequeñas,  
descompostura  
de las manos,  
avería  
de los hombres que debieran cabalgar  
gloriosamente  
en el corcel de sus ímpetus.**

**¿Qué hacer con mi “razón de morir”?  
No lo pensó dos veces.  
Cruzarse de brazos hubiera sido  
amordazar sus pies,  
descoser sus sandalias  
y dejar que su herida del pecho  
conjugara todas las formas verbales  
de la purulencia.**

**Atado por un cordel,  
llevó a su toro blanco  
a la orilla del mar.  
Iba a su zaga,  
como va la mansedumbre**

tras el poder indignado.  
Ahí donde el agua y la arena se hallan  
discutiendo por horas  
sobre el eterno litigio de las fronteras,  
le hizo beber agua salada  
para acostumbrarlo  
a su nueva vida.  
Se despidió de él con un beso en la frente.  
Le arrojó un puñado de miradas  
compungidas y culpables.

Lo dejó en libertad.  
Miró cómo su toro hundía sus patas en el  
agua, como una libertad que corre a chapotear  
en todas sus  
opciones. Se dio la media vuelta.  
Lo miró de reojo  
y vio a “mi razón de vivir”  
aspirando fuertemente,  
llenando sus pulmones  
con la brisa marina.  
Minos se alejó en ese momento, corriendo  
casi. Pero tuvo no sé qué nostalgia  
que le pudrió la serenidad  
y le agusanó la entereza,  
y volvió los ojos  
a su “razón de vivir”  
o “de morir” ya no sabía...

**Lo último que pudo divisar fue la gran ola  
en el mar engendrada  
que se dirigía precipitadamente  
hacia su toro.**

**Minos volvió al palacio,  
sin atinar a esconder a sus súbditos  
sus ojos salpicados  
por el mar.**

**No acababa de reponerse de todo lo  
acaecido, cuando dio de pies a boca,  
en la galería de lo imprevisto,  
y al tronar de segundos del de repente,  
con su esposa.**

**La acribilló con miradas de odio.  
Le retorció el brazo a la búsqueda  
de un grito de dolor que nunca vino:  
por un instante,  
la boca desapareció en el rostr  
o de la reina.**

**Pasifae nunca bajó los ojos,  
como lo hace la humildad  
cuando se halla la autoestima  
por los  
suelos. Nunca en su libre arbitrio  
metió la reversa del arrepentimiento**

y su delirio inútil  
de cambiar el escenario  
de lo ido.  
Nunca le dio a conocer a su lengua  
la palabra *perdón*  
y tampoco  
la minúscula alma de su significado,  
ni la obligó a realizar  
los movimientos físicos

indispensables

para que de los labios se  
fugara el ingrátido globo  
de la súplica.

Minos la arrastró

hacia fuera del palacio.  
la condujo por calles, jardines,  
vericuetos, hasta llegar a un páramo  
dominado en la noche por el viento  
más frío que registra  
la historia de los vientos.

Y en el día, por los rayos de alta  
tensión de un Helio, receloso e  
incendiario,  
enemigo del agua, el frío, las bufandas,  
las piruetas desgarradas de los vientos  
y la alada rebeldía de la frescura.

**La dejó amarrada de pies y manos.**

**La ropa hecha jirones.**

**Los pechos desnudos ante los manotazos  
del medio ambiente.**

**Muerta de sed:**

**sin el mínimo oasis que pudiera encarnar  
un sorbo de agua.**

**Minos apretó los dientes  
y ensangrentó el silencio.**

**Le volvió la espalda.**

**Tachó todos los ojos que le podrían nacer,  
piadosos,  
en la nuca.**

**Y se alejó, apresurado el pie,  
de su crimen alevoso,  
del espectáculo inolvidable  
de su ignominia.**

**Pero el Sol era todo miradas a lo que  
sucedió. Vio sin pestañear el homicidio.**

**Se acercó a su hija,**

**besó sus rincones**

**macilentos; ella,**

**insolada,**

**abrió los brazos a su padre,  
y él, en portentosa abducción,**

la atrajo hacia sí,  
y le entregó como regalo de su primer  
cumpleaños en otra dimensión,  
la vida eterna.

Minos no pudo escapar de la culpa.  
Los cadáveres de sus seres odiados y queridos  
dieron con su camposanto  
a medio pecho.

Y ya no pudo vivir con el incendio  
que se le propagaba por las vísceras.

Quiso deshacerse de sí.  
Pero no a la orilla del mar,  
ni en el páramo desértico  
donde el sol descargaba  
a plomo

su cósmica furia,

sino en una alcoba,  
la suya,  
del

palacio. Tomó la copa del veneno.

Apuró de un trago su último minuto.

La vida salió de puntitas de la alcoba.

Minos encontró en la palabra suicidio

el primer mandamiento  
de su corazón.

Y ni el Sol ni el Mar

**vinieron en su ayuda.**  
**Murió abrazado,**  
**fundido,**  
**confundido**  
**con su culpa.**

## FINALE

Lo primero que hizo  
Teseo, tras de ver al  
Minotauro desvanecido,  
    la vida saliéndosele del pecho a borbotones  
y la mirada eternamente fija,  
fue buscar por todas partes,  
    atribulado,  
el hilo de Ariadna,  
cuyo sentido de orientación  
    vendría en su ayuda.

Estuvo a punto de desfallecer  
y entrar a un nuevo laberinto:  
    el de la  
locura. Estuvo a punto.  
Afortunadamente  
    halló bajo un guijarro  
la enmarañada presencia  
    (retraída como una minúscula  
serpiente presta a saltar a su veneno)  
    de la esperanza.

Ya derrotado el laberinto,  
inmolada la puerta perdidiza,

**y sufriendo cuarteadoras  
el interior  
ante la expectación gozosa del  
afuera, el victorioso joven,  
sucio,  
macilento,  
fatigado,  
pero con ademanes de día que  
amanece y gestos de guerrero  
que ve, en sus enrojecidas manos,  
los santos óleos del deceso  
de su adversario,  
se citó con  
Ariadna en uno de los jardines  
de la intemperie.**

**Allí los dos celebraron  
la astucia femenina -  
que, en un invernadero  
de flores  
inmortales, lanzaba a voz en cuello  
gritos de libertad-  
y la valentía de él  
-un corazón preñado de osadía  
que supo blandir la metálica ponzoña  
con ejemplar destreza.**

**Ariadna y Teseo habían decidido,  
al correr de esta historia,  
que sus géneros  
no anduvieran cada uno por su lado,  
en burdos amoríos con seductoras soledades.  
Que no harían uso de lenguajes diferentes,  
escindidos  
por un muro conformado  
con adobes de silencio y  
argamasa de sordera.  
Habían decidido que jamás se esconderían  
detrás de sus sexos.**

**Yo, el cronista de esta  
historia, que fui todo oídos  
y soy todo lengua, tinta y canto,  
tuve la suerte de escuchar  
en los jardines palaciegos  
el siguiente coloquio:**

**-El Minotauro era mi  
hermano. Mi madre lo amaba.  
Mi padre no dejaba de aborrecerlo.  
Yo lo temía porque podía aniquilarte.  
La palabra Minotauro era para  
mí sinónimo de muerte.**

**-Mi hacha era mi seguro de vida,  
la acerada y filosa última palabra  
del destino.**

**Jamás tuve temor.**

**Mi corazón, que blandía  
con vigor y regularidad sus  
palpitaciones como mi mano el hacha,  
nunca buscó sintonizar  
la estación de la derrota.**

**-Tu arrojo, tasajeando el espacio,  
escribiendo en el aire los jeroglíficos  
de la expiración,  
era mi consuelo.**

**Su filo, el lado más prometedor  
de la esperanza.**

**-Tu ovillo y mi hacha  
cooperando  
uniendo sus esencias a distancia  
hicieron el *nosotros* decisivo  
de la lucha.**

**-Formamos un dúo especial,  
coronado por la conciencia  
de que el poder  
(aunque oculte sus látigos bajo el tapete**

**y mezcle sus decires con miel de  
abeja) es el enemigo.**

**El principal.**

**El de siempre.**

**De ahí nuestro pacto de sangre,  
con el cual intercambiamos  
audacias, decisiones, retacería de  
cielo. Y en la recta final de la  
perseverancia habremos de conducir  
al cadalso de las horas  
contadas el manto, la corona y  
la cabeza de toda pretensión  
(géstese donde se geste:  
en la plaza pública o en la vivienda) de  
volver a domeñar nuestras rodillas.**

**-No se trata de dejar de ser un tú o un yo,  
sino de continuar  
siendo lo que somos  
pero tocando la música de la existencia  
a cuatro manos.**

**Ariadna, tú y yo somos un par de espejos  
que se escudriñan mutuamente.**

**Al mirarte, yo sé que mi yo  
es un tú para ti.**

**Tú sabes , al mirarme, que tu yo  
es un tú para mí.**

**El sueño de unidad se queda en sueño.  
No se trata de despellejarnos  
la singularidad intransferible  
de nuestras huellas dactilares.  
Y hasta podríamos decir que por desgracia  
la intimidad se vuelve el laberinto  
de un pronombre.**

**-Sí, Teseo.  
Se trata de entonar:  
*nosotros* decidimos o deseamos,  
Mientras nuestro yo, nuestro tú,  
sean, o terminen por ser,  
el hemisferio izquierdo y el derecho  
de nuestra voluntad.  
Ven. Acércate. Bésame.  
Aquí, en esta roja apertura de mis  
ansias. Estrechémonos.  
Pongamos los cimientos  
del castillo en el aire.**

**Seguidos por la algarabía del  
pueblo, con bombos, siringas y  
platillos,  
la demencial batahola de los tambores  
y todas las vocales arrojadas al aire**

por la  
euforia, Ariadna y Teseo  
ataron sus miradas en el mismo  
punto -allí donde lo porvenir da su  
primera bocanada de oxígeno-  
juntaron sus manos,  
arrejuntaron sus besos  
y pasearon ante los presentes  
-como el invaluable tesoro  
hallado en los más oscuros recovecos  
de la experiencia tenida-  
al *nosotros* que habían concebido  
al fragor de la lucha.  
Se dirigieron al público.  
Demandaron silencio.

La pareja, con los brazos arriba,  
ante los ojos de la turbamulta,  
blandieron el ovillo y el hacha...  
Los vítores de la muchedumbre  
y su desgañitado regocijo,  
corriendo a ser juguetes del viento,  
se escucharon por todos los  
rincones del universo mundo.

## ÍNDICE

	Pgs.
<b>Entrada-----</b>	<b>2</b>
<b>1. Máquina del tiempo-----</b>	<b>2</b>
<b>2. Neptuno-----</b>	<b>7</b>
<b>Minos y Pasifae-----</b>	<b>10</b>
<b>Minos y el toro blanco-----</b>	<b>13</b>
<b>En campos de zafiro-----</b>	<b>16</b>
<b>Demanda de Neptuno-----</b>	<b>20</b>
<b>Minos y lo irrenunciable-----</b>	<b>23</b>
<b>Hija del sol-----</b>	<b>26</b>
<b>Interés común-----</b>	<b>28</b>
<b>Ninfomanía-----</b>	<b>31</b>
<b>Venganza de Neptuno-----</b>	<b>33</b>
<b>Nuevas acciones de Poseidón-----</b>	<b>37</b>
<b>El engendro-----</b>	<b>40</b>
<b>Amenazas y Laberinto-----</b>	<b>42</b>
<b>Construcción del laberinto-----</b>	<b>44</b>
<b>El embarazo-----</b>	<b>47</b>
<b>La voracidad de Asterión-----</b>	<b>52</b>
<b>Androgeo-----</b>	<b>58</b>
<b>El acuerdo-----</b>	<b>62</b>
<b>El niño Minotauro-----</b>	<b>66</b>
<b>Teseo, Ariadna-----</b>	<b>72</b>
<b>Ariadna y sus hilanderías-----</b>	<b>77</b>

<b>Minos y su iracundia-----</b>	<b>81</b>
<b>El Minotauro en su laberinto-----</b>	<b>85</b>
<b>La pareja subversiva-----</b>	<b>89</b>
<b>El laberinto-----</b>	<b>93</b>
<b>Prisiones-----</b>	<b>96</b>
<b>Ícaro-----</b>	<b>102</b>
<b>Cuerpo a cuerpo-----</b>	<b>107</b>
<b>La venganza de Minos-----</b>	<b>115</b>
<b>Finale-----</b>	<b>122</b>

**México. julio de 2011**



**Colección  
Cultura  
Universitaria**

Tanto *Salir del laberinto* como *Empédocles* regresan a los inicios de la lírica, cuando se relataban acciones o sucesos o humanizaban dioses y sobresalían los héroes; eran los días del *stilo* y de las tablillas de cera que le dieron a la palabra “épica” parte del significado que ha sobrevivido hasta el momento en que fue escrito este laberinto de personajes clásicos y de mitos reinterpretados. Una historia —o varias— donde la verificación es dictada por ritmos certeros.

El poeta ha elegido contar las historias que convergen con el laberinto de Creta: el matrimonio entre Minos y Pasifae; Dédalo e Ícaro; Teseo y Ariadna; la edificación del laberinto; y la concepción, nacimiento, niñez, auge y derrota del Minotauro.

González Rojo muestra la posibilidad poética que ya estaba contenida en la historia, que —bien— si evidente, ni mirábamos. Estamos frente al vértigo de los pasajes emotivos, los actos sexuales de los combatientes, las escenas de furia y muerte que constituyen las diversas tragedias individuales que rodean el laberinto.



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA**